

Freud y Lacan supervisores. Testimonios

Cecilia Lauriña

“Tengo curiosidad por averiguar si confirmarás mis diagnósticos en los casos que te he remitido... Desgraciadamente, nunca me siento muy seguro en cuanto a qué medidas prácticas adoptar... No sé hacia dónde encaminarme, ni el sentido teórico, ni el terapéutico...”¹

Sigmund Freud

“La propia experiencia psicoanalítica debe ser orientada, porque si no se extravía”.²

Jacques Lacan

¿Qué orienta la práctica analítica?

No cabe duda de que en ella se suscitan variadísimos tropiezos.

El analista escucha a su paciente y quedan restos, palabras, significantes que horadan la curiosidad e incitan a la producción. Cuando puede subjetivar su angustia e incertidumbres, sus dudas o desaciertos convocan la escucha de un Otro.

Freud abrió este camino a través de la consulta epistolar con su amigo Fliess, maestro y quizás, primer supervisor.

Ese momento de vacilación en la posición del analista implica una

¹ Freud, S. (1892-99): Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 257.

² Lacan, J. (1962-1963): *Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006, p. 264.

interrogación acerca de sí mismo. Mostrar la intimidad de su clínica suele ser angustiante, pero también le da la posibilidad de salir de la intimidad del consultorio para sentirse acompañado en el difícil devenir de la conducción de un análisis. Se espera “un algo más” del analista consultado.

Ya el hecho de pedir una supervisión y preparar el material implica la posibilidad de repensar, entender y aun destrabar obstáculos con el paciente. En este sentido, el supervisor opera en el analista como un mediador simbólico, desde antes de aparecer en escena.

La supervisión es una oportunidad de una nueva lectura sobre el material del paciente; en principio, el supervisor es quien propone interrogantes acerca de lo acaecido en la sesión, situación que desde el vamos incluye un enseñar a escuchar, a esperar, a preguntar, a callar, a no dar respuestas apresuradas y mucho menos recetas. Siempre como un enseñar particular donde está en juego el Inconsciente.

¿Se trata de la problemática del paciente? ¿De la técnica? ¿De la transferencia? ¿De la posición de analista?

Theodor Reik sugiere que “se ayude al candidato a escuchar con su tercera oreja, pues, dice, las otras dos han sufrido efectos de sordera provocados por una enseñanza dogmática. El saber predigerido, aunque dé cuenta de la práctica analítica, produce, sin duda, efectos de deformación”.

Esta tercera oreja o subjetividad segunda, como la llama Lacan, sugiere una posición de escucha para el analista que le permitiría ser capaz de “servirse de su propio inconsciente como instrumento del análisis”.³

Ya en el encuentro entre los dos analistas, los interrogantes se multiplican:

¿Desde dónde se interpretó, por qué en ese momento?

¿Desde qué teoría se piensa al paciente? ¿Por qué el analista no pudo interpretar? ¿Qué transferencia lo habita sin poder reconocerlo?

Estas pueden ser dudas fecundas que guíen la tarea y ayuden a la dupla Supervisor-Supervisando a ir afinando la escucha.

³ Freud, S. (1912): Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, Vol. XII, 1992, p. 115.

En este campo, nos encontramos con un particular problema que es la casi ausencia de testimonios de supervisiones.

Encontramos muchos casos clínicos publicados, en los cuales podemos suponer, sin mayor riesgo a equívoco, que han pasado por la escucha de un supervisor; sin embargo, no se hace mención a tales consultas. ¿Es vergonzante? ¿Daría cuenta de una impericia del analista? ¿Lo ubicaría como principiante? ¿Su escucha podría ser cuestionada?

Por el contrario, si pensamos que los límites a la escucha son un hecho de estructura, entonces, como dice Lacan, la supervisión no puede ser obligatoria, porque es obligada, obligada por la propia estructura del sujeto.

Hay algo inaprehensible de sí mismo en el diálogo con el paciente, que el analista deberá despejar con Otro.

Algo debe ocurrir con el acto de testimoniar. Aquel que muestra su clínica, que testimonia sobre ella, está bajo amenaza, dice Baños Orellana, e investiga cómo testigo, testimonio y testículos tienen la misma raíz etimológica. Los primeros romanos testimoniaban tapándose las partes bajas como prueba de verdad de sus testimonios. ¿Será por eso que los analistas medio decimos acerca de nuestra práctica?⁴

No obstante, mi curiosidad y gusto por la clínica me llevaron, en este caso, a revisar los testimonios de Freud que supervisó durante largos años a Edoardo Weiss, y de Lacan que hizo lo propio con Elizabeth Geblesco, así como el testimonio de un colega en formación.

⁴ Baños Orellana, J.: “La nota al pie del testimonio”. Ponencia Primeras Jornadas Departamento de Psicoanálisis, UNR.

Testimonio I

Freud-Weiss, De las medidas técnicas...

Pocos son los testimonios con que contamos acerca de Freud puesto en la función de supervisor. La correspondencia que mantuvo con Edoardo Weiss, alumno y supervisado, es una de las pocas referencias de invalorable interés.

Edoardo Weiss, 33 años más joven que Freud, mantuvo por muchos años una comunicación epistolar, tradujo sus obras al italiano y varias veces viajó a Viena a supervisar sus casos, y llamativamente para nosotros, muchas veces acompañado por su paciente.

El primer encuentro entre ambos, en Berggasse 19, se produjo en octubre de 1908, cuando Edoardo era un estudiante de Medicina, ya interesado en las ideas de Freud. En la sala de espera, vio a un niño de unos cinco años con su padre, al que Freud saludara muy entusiasta, “Oh, aquí está nuestro hombrecito”.⁵ Era el célebre Juanito que visitaba al Dr. cinco meses después de la finalización de su tratamiento.

Edoardo y Sigmund mantuvieron una relación cordial durante 28 años en los cuales Weiss le consultó sobre 15 casos distintos, además de intercambios acerca de la traducción de las obras, entre otros temas. Weiss introdujo el psicoanálisis en Italia y tradujo las obras de su maestro.

Es notable el cariño, el respeto y la admiración que sentía Edoardo por Sigmund.

En su libro *Problemas de la práctica psicoanalítica* nos muestra a Freud en el papel de médico de consulta.

Por aquel entonces, a Freud le gustaba recibir, al mismo tiempo, para una supervisión, al analista y a su paciente, contando con el acuerdo y el deseo de ambos. Pensaba que sin ese requisito, la entrevista podía ser “inútil, o incluso perniciosa”.⁶

Indudablemente Freud ocupaba el lugar de Sujeto supuesto Saber, ¡y el de Sujeto que Sabe también! No solo para Edoardo, que aceptaba tal disposición, también para los pacientes y sus familiares.

⁵ Weiss, E.: *Problemas de la práctica psicoanalítica*, p. 20.

⁶ Op. cit., p. 13.

Es difícil pensar cómo este analista de la primera hora podía autorizarse en la dirección de la cura, en tanto su supervisor lo hacía asistir al encuentro con su paciente y, muchas veces, con los padres. Situación impensable en nuestros días. No obstante, Edoardo resalta lo respetado que se sentía como analista: “Siempre tenía Freud la prudencia de no dar demasiados consejos, y lo que tenía que decir tenía carácter de sugerencia, y nunca de encíclica. Siempre procuraba cuidar la propia estima de su alumno”.⁷

Es sorprendente que este hábito de realizar las supervisiones contando con la presencia del paciente, es mantenido por Freud durante muchos años, en realidad no sabemos hasta cuándo. Pero Weiss da cuenta de una consulta de tal naturaleza el 26 de abril de 1933, cuando acude al consultorio de Freud con una paciente histérica grave, acompañada de su padre, quien había solicitado tal consulta.

En ese momento Freud confirma la presunción diagnóstica del analista, las consultas continúan por vía epistolar y no siempre con acuerdos entre supervisor y supervisando.

En un momento que podríamos situar como de transferencia negativa, la paciente se quejaba de tener que estar siempre en el diván. El analista, a los fines de apaciguar estos sentimientos negativos, le permite sentarse frente a él en un sillón; pensaba que tal concesión no aumentaría sus resistencias.

Informa esta situación a Freud acompañada de algunos sueños de transferencia.

Freud le contesta:

“[...] sin comprometerlo a Ud. en nada. Opino que no debería haberle permitido cambiar la posición prescrita por una más agradable”.⁸

Y en relación a los sueños de transferencia, le aconsejó interrumpir el tratamiento, tomando así la delantera, ya que por el análisis de los mismos podía deducirse que tenía deseos de escapar del tratamiento.

⁷ Op. cit., p. 12.

⁸ Weiss, E.: Op. cit., p. 98.

Nada de esto hizo Weiss. “Sin comprometerlo a Ud. en nada” resultó ser una frase habilitadora para el alumno-supervisando.

No interrumpió el tratamiento y en varias ocasiones fue “al encuentro de las necesidades del paciente”.⁹ No solo le permitió usar el sillón, también le propuso acompañarla a la calle, ya que la paciente temía abandonar la casa del analista.

Edoardo le contará a Freud el desarrollo favorable que tuvo el tratamiento, en el cual la paciente pudo liberarse de los ataques y emprender una vida armoniosa gozando de su sexualidad.

Subraya cómo esta experiencia consolidó la confianza en su propia intuición.

“El analista tiene que confiar en sus sentimientos subjetivos y en la propia intuición”¹⁰, dice, subrayando que Freud conocía a la paciente a través de sus informes escritos, en tanto la había visto solo una vez.

A pesar de las exigentes condiciones que planteaba Freud, podemos pensar cómo la supervisión le brindó a este analista confianza en la palabra, en principio en la palabra del paciente como lugar de revelación del Inconsciente, y en la supervisión como posibilidad de encontrar allí las respuestas que porta y que le cuesta reconocer. Es la posibilidad de escucharse a sí mismo en lo oído y no escuchado y en lo dicho sin saber que se ha enunciado.

Testimonio II

Lacan-Geblesco. Del saber teórico...

Élisabeth Geblesco es una de las últimas analistas que supervisó con Lacan, lo hizo de 1974 a 1981. Nacida en Bucarest, Rumania, desarrolló todo su trabajo en Niza, desde donde viajaba a París, recorriendo 1800 km dos veces al mes. Los días lunes realizaba los controles con Lacan, para poder así asistir a los seminarios de los martes en la antigua Facultad de Derecho.

Escribía al término de cada supervisión, el mismo día, en el tren

⁹ Op. cit., p. 100.

¹⁰ Op. cit., p. 99.

que la llevaba a Niza. Son cinco cuadernos escritos, espontánea y desordenadamente, testimonio insoslayable de tal experiencia que da cuenta de los avatares de la transferencia entre ambos y nos muestra a un Lacan a veces hosco, a veces amable.

El libro *Un amor de transferencia, diario de mi control con Lacan*, fue publicado póstumamente. Si bien en el libro encontramos referencias y comentarios de pacientes de Elisabeth, así como consultas y reflexiones teóricas, el protagonista de sus escritos es la transferencia, el amor de transferencia que se desplegó en esta supervisión hasta la muerte de Lacan. Hablarle a Lacan y escucharse a sí misma a través de él.

Las respuestas del maestro eran cortas, escuetas. Es llamativa una frase de Lacan, que pronuncia monótona y repetitivamente a lo largo del libro, después de los encuentros que rara vez llegaban a más de 10 minutos, él entonces le decía: ¿Cuándo la veo de nuevo, querida?

Son muchas las expresiones anotadas por la autodenominada princesa de Racine, que dan cuenta de esta singular relación:

“Es maravilloso oír a Lacan, el ser que más admiro entre los vivos, que una es buena analista. Le dije que estaba muy contenta y tuve el valor de agradecerse. Me llama ‘pequeña’ y eso me da mucha calma”.¹¹

Allouch dice que el amor de la princesa por el sabio Lacan es infalible, a prueba de vejaciones a su estatus de princesa, y eterno, ya que lo acompaña hasta sus últimos días, cuando ya muchos no acudían a su consulta.

Dice que es un amor intercambio, figura del amor tomada del discurso de Pausanias en *El banquete*. Intercambio amoroso entre una princesa y un sabio, ¡ella se esfuerza por lograr su aceptación y él por volverla a ver!

El 15 de junio de 1976, Elisabeth relata un encuentro que parece ser de despedida, un cierre de la supervisión. A partir de un sueño que no se anima a contarle, “se tira al agua” y le expresa lo que cree, son los efectos de esa supervisión:

¹¹ Geblesco, E.: *Un amor de transferencia. Diario de mi control con Lacan*, p. 47.

“Hay pues algo específico del analista que quisiera circunscribir conceptualmente. Es en verdad algo de ontología (Lacan me lo hace repetir), no veo cómo podría decirse de otro modo, ya que es mi ser el que es modificado por el suyo. ¿Y cómo sucede, durante ese análisis en el cual no hablo de mí sino de otros? ¿Por medio de su escucha? ¿Su saber? Pero después de todo ¿usted qué sabe? Usted piensa –y eso no es lo mismo. No vengo ante Ud. a buscar un saber...” Un tanto asustada por lo que enuncio, corrijo: “no es un saber teórico, en todo caso como el de la universidad (Lacan hace una mueca), soy yo la que hace referencia a conceptos analíticos, y Ud. nunca asiente o niega. Y yo, luego pienso en ello durante meses, y funciona”.¹²

“Durante todo ese tiempo, Lacan me mira fijo sin decir nada con sus ojos de fuego negro... Yo sostengo su mirada... ¡Parece un gato que estuviera divirtiéndose con un ratón!”.¹³

Más adelante agrega:

“Para mí es difícil hablarle de todo esto. Fui educada como una princesa de Racine, de manera anticuada (me hace repetir este último término, pero no se ríe), lo hago por el análisis para que algo se aclare. Por lo tanto, mi pregunta sería: qué sucede más allá del resto, con el SER del analista, cómo interviene en el análisis, qué pasa con su especificidad, qué pasa con su ser, con usted en el análisis y conmigo que lo recibo?”.¹⁴

Lacan abre y vuelve a cerrar los ojos como si le resultara, a él también, difícil mirarla.

“Habla con una suavidad que no le conozco”, dice ella, y podemos suponerla emocionada, “con gravedad, buscando sus palabras”.¹⁵

El gran Lacan, como lo nombrara en otras épocas, responde:

¹² Op. cit., p. 88.

¹³ Geblesco, E.: Op. cit., p. 44.

¹⁴ Op. cit., p. 90.

¹⁵ Op. cit., p. 90.

“Lo que usted me dice me obliga a poner en cuestión todo lo que he elaborado hasta ahora, lo que concierne a lo real, ciertamente, hay dones diferentes en lo real. Lo que usted me dice sobre mí me resulta imposible pensarlo, experimentarlo por mí mismo, solo me puede llegar del discurso del Otro... Lo que usted afirma sobre el ser pertenece al campo de lo real. Coincide con lo que intento elaborar actualmente...” mostrando su hoja en blanco.¹⁶

Volvamos a Allouch: este amor (intercambio, como él lo piensa) no sería excepcional sino usual en el ejercicio analítico, dice, “el sabio y la princesa hacen causa común, consagrarán todos sus esfuerzos, si no su ser, al psicoanálisis”.¹⁷

Transferencia de trabajo y al trabajo, para desenmarañar desde el propio ser, lo propio del trabajo analítico.

Así, el obstáculo que el discurso del paciente encuentra en el analista, pide ser escuchado en transferencia del analista al supervisor.

Freud, Lacan, Geblesco, Reik y tantos más aluden a esa modificación del ser del analista tan difícil de situar.

¿Cómo pensarla? ¿En relación al análisis del analista, lugar en el que privilegiamos la así llamada modificación del ser? ¿Y cómo articularla, si es posible, a la experiencia de supervisión?

Entre la supervisión y el análisis... ¿qué es esperable que se transmita?

Testimonio III

Entre el análisis y la supervisión

Más cerca nuestro en tiempo y lugar, llegó a mis manos el testimonio de un colega en formación que, al escribir su informe de supervisión, reflexionó acerca de la misma.

Dice así:

¹⁶ Op. cit., p. 90.

¹⁷ Allouch, J.: El sabio, la princesa y el psicoanálisis. En *Testimonios clínicos de Jacques Lacan*.

“El inicio de la supervisión fue poniendo de manifiesto y me ayudó a tomar nota acerca de intervenciones para con mi paciente condicionadas por aspectos superyoicos, que terminaron siendo una réplica de intervenciones que yo recibía como paciente en mi tratamiento personal. Paciente identificado con su analista, analista en formación que incorporó el modelo, así como el hijo se identifica con aspectos de su padre; en definitiva la matriz de este fenómeno identificatorio está en la novela familiar propia.

Así como el Yo trata a sus objetos de la misma manera que lo trata el Superyo, yo intervenía con mis pacientes de igual forma que mi analista conmigo. Dicho de otra forma, los errores de mi proceder como analista identificados durante la supervisión, me permitieron tomar nota de algo que estaba sucediendo (o no sucediendo) en mi análisis personal y que era invisible para mi analista didáctico. Obstáculos en la escucha, en mi escucha y en cómo me escuchan, análisis de control y también control de análisis, estímulo para el autoanálisis”.¹⁸

Valiente testimonio que nos permite pensar en ese “algo más” que puede aportar una supervisión. Lo que el supervisado valora, es el haber descubierto a través de la supervisión un sesgo superyoico en su modo de interpretar, que puede ahora ubicar en una identificación con su analista, vale decir, replica en su consultorio, lo que él padece como analizando.

Los tres testimonios nos muestran efectos diferentes producidos por la supervisión:

Weiss, a pesar de partir de una posición muy asimétrica con su supervisor, puede autorizarse y reafirmarse en su posición de analista, paradójicamente, a partir de una desobediencia al maestro supervisor. En esta oportunidad, considera que él sabe más de su paciente que Freud, que solo la ve una vez y la conoce solo a través de sus relatos. Hace las modificaciones técnicas que cree convenientes amparándose

¹⁸ Mi agradecimiento al Dr. Pablo Ferro por su sincero y generoso testimonio. Comunicación personal.

en una singular frase: “Quiero rehusar explícitamente aconsejarle, y quiero tan solo decirle lo que me parece del caso y lo que por experiencia haría, sin comprometerlo a Ud. en nada”.¹⁹ Frase un tanto enigmática que significó para él un cambio en su posición, fue la puerta abierta a su habilitación, al menos en ese análisis.

En Geblesco, el efecto de la supervisión fue permitirle pensar y dialogar con él acerca de temas teóricos. “Encontré el truco: hay que plantearle preguntas de interés teórico general, para mí obviamente, envolviéndolas en el caso que se sigue”.²⁰

Lacan rompe con el ser de la tímida princesita, la escucha y alienta, y ella descubre el truco, ella también puede hablar de teoría, puede ser sabia, en tanto él le muestra su hoja en blanco. Es la posibilidad de teorizar, a propósito del caso, más que de recibir indicaciones técnicas, lo que se juega en esta dialéctica entre el gato y el ratón. “La resolución de la transferencia se realiza en una relación de igualdad. Me sentí como su igual en el plano del ser”, dice Elisabeth...²¹

Si bien Lacan y Geblesco parten también de una gran asimetría, el saber hacer del supervisor y su esfuerzo hace que se modifiquen las posiciones de ambos, ahora son dos psicoanalistas consagrados a una tarea en común.

Nuestro generoso colega registra, a través de la supervisión, una mala semejanza con su analista.

La supervisión le muestra que es su forma de decir, su forma de llegar a sus pacientes, lo que opera como un obstáculo en su práctica, obstáculo que él puede ahora registrar y ubicar y que le permite no quedar identificado con lo peor de su analista.

La supervisión muestra ese goce parasitario que se devela en el analista, que significó para nuestro colega una oportunidad para enlazar su deseo de analista, y hacerlo así más propio.

¹⁹ Weiss, E.: *Problemas de la práctica psicoanalítica*, p. 98.

²⁰ Geblesco, E.: *Un amor de transferencia. Diario de mi control con Lacan*, p. 20.

²¹ Geblesco, E.: Op. cit., p. 91.

La supervisión, como el análisis, opera en la singularidad de cada dupla, promoviendo y produciendo diferentes saberes; operará en la técnica resguardando la posición del analista, ayudando a repensar diferentes medidas y propiciando la creatividad de cada analista; ayudará a encontrar el tramo de teoría que puede engarzarse a tal o cual problemática del paciente en cuestión o producirá la apertura para cuestiones del ser, esos puntos ciegos de los que tempranamente hablara Freud.

La supervisión y los obstáculos de su poder

Ahora bien, la supervisión también puede adquirir un sesgo super-yoico, dado que hay un analista preocupado por su práctica, que puede buscar aprobación, o respuestas certeras que calmen su inquietud. El supervisado puede transferir su sed de certezas poniendo al supervisor en el lugar del saber-poder, resistiéndose así a ir despejando sus incertidumbres, atravesando la angustia del no-saber.

Es quizás la situación más usual y hasta esperable en el comienzo de una supervisión. Si el supervisor responde a esta demanda, o desea ubicarse en tal lugar, favorece la idealización y el sometimiento, proponiéndose como un modelo a seguir, haciendo gala del saber, hasta a veces formulando las interpretaciones como él lo haría, haciendo uso y abuso de su goce en la posición de poder.

Abstinencia al poder para el supervisor, entonces...

Pero... ¿quién concurriría a un supervisor "que no sabe"?

¿Cómo posibilitar una transferencia al trabajo, a la investigación, cuando es tan fácil recibir una mágica receta?

¿Qué debe saber el supervisor para propiciar una posición analítica?

Si el supervisor favorece que las cómodas certidumbres y las significaciones prefabricadas vayan dando lugar a la escucha que va construyendo un saber, podrá ir promoviendo que el supervisado no se quede adherido al conformismo identificadorio que lo conduce a repetir a su paciente, lo que escuchó en la supervisión. No olvidemos que este es un largo proceso, los testimonios que presentamos son el resultado de varios años de supervisión. Como dice Moustapha Sa-

fouan, el supervisor enseña acerca de la ignorancia, que los reúne a ambos, como “lectores de un mismo libro, el inconsciente”²² en la dimensión singular de cada supervisión, en la cual nada sabemos del deseo inconsciente.

Posición subjetiva respetuosa de la ignorancia en relación a un saber a advenir.

Ir, así, al encuentro con lo no sabido, lo no sabido del deseo inconsciente.

“Toda pregunta es un fracaso.
Toda respuesta es otro.
Pero entre ambas derrotas
suele emerger como un humilde tallo
algo que está más allá de los sometimientos”.

Roberto Juarroz.

Fainarate, la madre de Sócrates era comadrona. El arte de hacer nacer (bebés), fue modificado por Sócrates en “El arte de hacer nacer (al humano pensador)”. Mayeutica, es una palabra griega *maieutiké* que quiere decir ‘obstetricia, la que se ocupa del parto o embarazo’.

Si bien no está históricamente comprobado que sea Sócrates su inventor, los diálogos de Platón en *El banquete*, así lo atribuyen. Sócrates, que repite las palabras de la sacerdotisa Diótima, dice que el alma de cada hombre está embarazada y que quiere dar a luz. Sin embargo, este parto no puede llevarse a cabo, dice la hermosa Diótima. Es precisamente el papel del filósofo el de ayudar a dar a luz al alma (el “partero”).

Así como la comadrona ayuda a dar a luz, pero ella misma no da a luz, del mismo modo el arte de Sócrates consiste no en proporcionar el conocimiento, sino en ayudar al alma de los interrogados a dar a luz los conocimientos de que están grávidas. Solo que su arte se aplica a los hombres y no a las mujeres, y se relaciona con sus almas y no con

²² Safouan, M. y otros: *Malestar en el psicoanálisis...*, p. 49.

sus cuerpos. Para alcanzar el conocimiento, el instrumento dialéctico de la mayéutica es el diálogo; el discípulo no es un cajón vacío en el que se pueden introducir verdades, el conocimiento es alcanzado a través del diálogo con el maestro.

El método socrático es aplicable al análisis mismo, el analista pregunta y repregunta a su paciente en la búsqueda de significaciones y nuevos sentidos a su penar.

También es aplicable a la supervisión. Las preguntas que se van formulando en la misma están destinadas en principio a ubicar el extravío, a que el analista vaya descubriendo los obstáculos y orientando el trabajo con su paciente. A veces con analistas muy noveles se observa que al principio ni se pueden formular las preguntas adecuadas.

La “docta ignorancia” equivale, ya desde Sócrates, a un estado de apertura del alma frente al conocimiento: más que una posesión (de conocimientos), la ignorancia sapiente es una disposición. La expresión docta ignorancia es conocida a través de Nicolás de Cusa, monje benedictino preocupado por la cuestión del conocimiento y el acceso a la realidad allá por los años 1450. Es nombrado por Lacan en el Seminario 10. Para él, saber, *scire*, es ignorar, *ignorare*, “Lo que debe hacerse ante todo es conocer nuestra ignorancia; solo quien sea muy docto en ella podrá alcanzar la sabiduría perfecta”. Y agrega: “la precisión de la verdad luce incomprensiblemente en las tinieblas de nuestra ignorancia”.²³ La disposición al conocimiento es superior al conocimiento subrayando el proceso de adquisición y conquista del saber sobre su mera transmisión.

Lacan ha entendido el análisis como un método mayéutico mediante el cual el analista promueve con sus intervenciones que sea el mismo analizante el que aporte el saber que porta y no conoce, el que tiene el saber de lo que le afecta. El analista en posición de docta ignorancia tiene su ser dispuesto al conocimiento de la verdad inconsciente que irá emergiendo en el devenir del análisis.

“El fruto positivo de la revelación de la ignorancia es el no saber, dice Lacan, que no es una negación del saber, sino su forma más

²³ Ferrater Mora, J.: *Diccionario de filosofía*, p. 927.

elaborada. La formación del candidato no podría terminarse sin la acción del maestro o de los maestros que lo forman en ese no-saber; en ausencia de lo cual nunca será otra cosa que un robot de analista”.²⁴

Lacan expresa en estas palabras toda una posición con respecto a la supervisión, y a las posiciones que juzga adecuadas para cada uno del par, maestro-alumno; supervisor-supervisando, agrego yo.

El maestro o supervisor, en nuestro caso, lo forma; no dándole un saber, una interpretación válida, una traducción simultánea de lo que dice el analizando, sino que lo forma en la interrogación acerca del Inconsciente, ya que del deseo inconsciente nada sabemos, por mucha teoría que portemos.

“Frente al desamparo que produce el confrontarse con la opacidad de lo real en la clínica, la tarea esencial de la supervisión consiste en orientar el deseo de supervisar así causado, hacia el amparo que otorga la confianza en poder enfrentar el inconsciente, transitando la imposibilidad de obturarla con un saber referencial”.²⁵

La confianza en el psicoanálisis, en la eficacia del método, es lo que nos otorga amparo. De esta forma es posible lograr la cuota de paciencia necesaria para ir dando tiempo a la emergencia de las significaciones y modificaciones que la supervisión pueda ir aportando.

Cada analista en su permanente formación, en el recorrido de las diversas supervisiones irá reinventando el psicoanálisis anudando su práctica creativamente al desafío de cada análisis singular.

Bibliografía

- ALLOUCH, J.: La princesa, el sabio y el análisis. Testimonios clínicos de Jacques Lacan, en *Imago Agenda*.
- BAÑOS ORELLANA, J.: La nota al pie del testimonio. Ponencia en Primeras Jornadas de Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Rosario.

²⁴ Lacan, J.: *Variantes de la cura-tipo*, p. 125.

²⁵ Barredo, C.: Deseo de supervisar, su puesta en práctica, p. 3

- BARREDO, C.: Deseo de supervisar, su puesta en práctica. Presentado en Simposio de Apdeba, 2007.
- BERG, P., GURAIEB, A., LAURIÑA, C., PFEFFERMAN, R.: Supervisión didáctica, entre el deber y el deseo. Presentado en Congreso Fepal, 2012.
- FERRATER MORA: *Diccionario de filosofía*, T. 1, Barcelona: Ariel, 1999.
- FERRO, P.: Comunicación personal.
- FREUD, S. (1892-1899): *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, T. I, Buenos Aires: AE, 1992.
- (1912): Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *Obras completas*, T. XII, Buenos Aires: AE, 1992.
- GEBLESCO, E. (1974-1981): *Un amor de transferencia. Diario de mi control con Lacan*. Córdoba: El cuenco del plata, 2009.
- LACAN, J. (1962-1963): *La angustia. Seminario 10*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Variantes de la cura-tipo. *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1983.
- REIK, TH.: *¿Estudiantes o aprendices de hechicero?* en *Treinta años con Freud*. Buenos Aires: Imán, 1943.
- : *Listening with the Third ear: 1948*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1949.
- SAFOUAN, M., JULIEN, PH., HOFFMAN, C.: *Malestar en el psicoanálisis. El tercero en la institución y el análisis de control*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.
- WEISS, E.: *Problemas de la práctica psicoanalítica. Correspondencia Sigmund Freud-Edoardo Weiss*. Barcelona: Gedisa, 1979.